

Viene de la página anterior
cos antes y durante la última guerra, lo que hace es mostrar una actitud cada vez más desafiante. Ha llegado a formarse un movimiento a escala nacional que intenta borrar de los libros de texto japoneses toda historia que reconozca abiertamente los pecados cometidos por el Japón moderno.

¿Cuál es el motivo de que se sesgara de este modo el sentir nacional japonés? Yo lo detecto en la psicología de la compensación de los males cometidos, conforme a la cual Japón se supeditó a la Constitución pacifista y se ha abstenido de participar activamente en ninguna guerra durante los últimos cincuenta años. Yukio Mishima lideró este

Carta a Mario Vargas Llosa

sentir desde los posicionamientos de la derecha. Los activistas de izquierdas, aunque políticamente apuntaban en la dirección opuesta, apoyaron emocionalmente su suicidio, como una convincente forma de protesta, y, al apoyarlo, también ellos mostraban su aspiración a ser machos.

Aprovechándose de este sentimiento nacionalista, Japón, como Estado, llegará a constituir un sistema de intolerancia. Los japoneses recelan de la fabricación por parte de la República

Popular de Corea del Norte de misiles capaces de alojar armas nucleares, químicas y biológicas. Reconozco que su recelo es muy natural. Como contramedida, sin embargo, Japón desea incorporarse al sistema norteamericano de defensa antimisiles. Uno debe recordar que incluso en este país ha habido periodistas que han visto una desesperada vulnerabilidad en el hecho de sumarse a dicho sistema.

Estoy totalmente a favor de que Japón actúe contra la proliferación de armas nucleares. No obstante, me opongo a que Japón participe en la estrategia norteamericana de contraproliferación sin tratar de encontrar medidas concretas que favorezcan la no proliferación. Estas medidas

son muchas y variadas, como remediar la escasez de alimentos, por ejemplo.

Le ruego que tenga la bondad de excusar una forma de hablar tan poco apropiada para un novelista. Retomo ahora su tesis de que los intelectuales colaboran a veces en la construcción de los sistemas de intolerancia. Deseo sinceramente que los intelectuales de este país discutan entre ellos la mejor manera de destruir ese mecanismo que empuja el sentir nacional en una dirección determinada. Además, a la vista del hecho de que la educación superior está muy extendida en este país, empleo el término "intelectual" en un sentido amplio. No tengo en mente sólo a ese limitado número de personas

que escriben para los medios de comunicación, sino a ese gran número de intelectuales que constituyen las verdaderas fuerzas motoras del sentir nacional. Esos intelectuales me llenan de esperanza y al mismo tiempo me producen una profunda ansiedad.

Temo que esta carta que le escribo pidiéndole consejo sea demasiado ambigua tanto en lo que dice como en la forma de decirlo. Antes opinaba lo mismo con respecto a mis novelas. Querido Mario Vargas Llosa, humildemente deseo que tolere mis opiniones y me conteste.

Atentamente,

Kenzaburo Oé.

© Kenzaburo Oé, 1999.

© The Asahi / EL PAÍS, SA, 1999.

Llevo ya muchos años en el Congreso de los Diputados. Desde los momentos iniciales de la democracia he vivido momentos muy diversos y bien puede decirse que las he visto de todos los colores. He conocido altos y bajos, he protagonizado personal y colectivamente momentos brillantes y otros más bien deprimentes. He asistido a debates apasionantes y a disputas barriobajeras. He vivido momentos de gran transcendencia política y momentos de vergüenza y de consternación, como aquella bronca infame que el PP le montó a Narcís Serra por el asunto de las escuchas del Cesid. Pero nunca me había sentido humillado personalmente como diputado, ni había vivido una humillación general del Congreso. Ahora sí. La humillación personal y colectiva se produjo el pasado 22 de diciembre, el día de la discusión y la votación final de los Presupuestos del Estado, tras el paso de éstos por la otra Cámara igualmente humillada, el Senado.

Como es sabido, la Ley de Presupuestos y la llamada Ley de Acompañamiento se discuten primero en el Congreso y pasan luego al Senado, y, si en esta Cámara se introduce algún cambio, vuelven al Congreso para su aprobación definitiva. Normalmente, en el Senado se introducen modificaciones menores, pero esta vez, ante el estupor general, el PP presentó unas doscientas enmiendas a los textos ya aprobados en el Congreso e introdujo con ellas asuntos de enorme calado, como la tan oscura y discutible entrega de 1,3 billones de pesetas a las compañías eléctricas que se van a privatizar, la posibilidad de convertir los hospitales públicos en fundaciones sanitarias mediante un simple decreto, la prórroga de los beneficios para la contratación indefinida y la modificación de la ley del medicamento, además de la modificación de un gran número de otras leyes importantes.

Eran asuntos tan controvertidos que el PP no se atrevió a plantearlos en el Congreso y decidió introducirlos con nocturnidad en el Senado, porque en éste tiene

mayoría absoluta. Con esta mayoría los aprobó, prácticamente sin debate, con el voto en contra o la abstención de todos los demás grupos, y lo pasó todo al Congreso para un debate y una votación finales que se iban a ventilar en unas pocas horas, es decir, sin tiempo ni posibilidad de introducir enmiendas ni de discutir a fondo el tremendo paquete económico metido *in extremis* y sin un debate público acorde con la transcendencia de las medidas a tomar. Era, literalmente, una forma de camuflar el acuerdo a que había llegado con las grandes compañías eléctricas, incluso en contra de la opinión de las instancias reguladoras del sistema eléctrico.

JORDI SOLÉ TURA

Es cierto que en el Congreso el PP no tiene mayoría absoluta, pero no le costó mucho asegurarse el voto de CiU, del PNV y de Coalición Canaria mediante las consabidas compensaciones económicas, e hizo todo lo posible para que el debate final sobre los grandes temas mencionados quedase reducido a unos pocos minutos. Y para que quedase claro que aquella discusión final no iba a servir para nada, todos los miembros del Gobierno del PP se ausentaron o, más exactamente, huyeron cuando se tocaron los asuntos fundamentales. Era como decirnos a los demás: "Ustedes pueden decir lo que quieran. Nos da lo mismo. No vamos a contestarles, no va-

mos a discutir nada. Esto está hecho y esta sesión final del Congreso sólo sirve para aprobar formalmente lo que ya hemos mangoneado con las eléctricas y para tener manos libres en todo lo demás".

Supongo que les debió encantar aquel espectáculo de unos portavoces de la oposición que pedían explicaciones de lo sucedido ante unos bancos del Gobierno totalmente vacíos. Supongo también que se rieron mucho por aquella humillación colectiva de toda la oposición. Y con tantas satisfacciones y tantas risas no sé si alguno de ellos cayó en la cuenta de que acababan de infligir un golpe tremendo al prestigio de un Congreso de los Diputados con-

vertido en simple espectador pasivo y casi sordomudo de unos acuerdos tomados fuera de él, y otro golpe, igualmente tremendo, a un Senado utilizado como instrumento pasivo de legitimación de acuerdos oscuros e inconfesable. Y todo con la guinda de un grupo parlamentario del PP aplaudiendo al final de la sesión, que era tanto como celebrar su propia condena a la inanidad.

Todo esto sucedía después de unas semanas de exaltación del vigésimo aniversario de nuestra Constitución. Creo tener la experiencia suficiente en los asuntos constitucionales para no dejarme encerrar en fundamentalismos. Sé muy bien que más allá de lo que diga la Constitución el juego de las instituciones y de las fuerzas políticas puede provocar, aquí y en todas partes, cambios no explicitados en la propia Constitución. Sé que en nuestro país y en otros países de nuestro entorno el Poder Legislativo ha perdido fuerza y capacidad de liderazgo en relación con el Poder Ejecutivo y que los partidos políticos pueden llegar a tener una gran capacidad de distorsión de algunas reglas constitucionales con sus negociaciones al margen de éstas. Naturalmente esto me preocupa, como preocupa a muchos políticos y a muchos juristas. Pero no es esto lo que me sulfura. Lo que de verdad me indigna es que las grandes instituciones parlamentarias acaben siendo humilladas por unos gobernantes y unos grupos de presión que deberían ser los primeros en preservar su vacilante prestigio y su maltrecha dignidad. La humillación, sea de una persona, sea de un colectivo, es la negación de la dignidad, y por tanto, la negación de la democracia. Pero, además, la humillación de unas instituciones como el Congreso de los Diputados y el Senado, es un tremendo golpe a la legitimidad de todo un sistema político que tanto nos ha costado poner en pie y que, precisamente por esto, tanto hemos celebrado últimamente. Un asunto muy feo, en definitiva.

Jordi Solé Tura es diputado por el PSC-PSOE.

El Parlamento, humillado

EL ROTO



CARTAS

AL DIRECTOR

Viene de la página anterior
de los tres tenores. A ese público que no concibe la globalidad y la integridad de una obra de arte, tal y como no la concibe la gran mayoría de las cadenas de televisión con cualquier película que emitan, no

le importa que le suene el teléfono móvil, toser hasta la asfixia o hacer un comentario en voz alta.

Recuerdo hace dos años, en Nueva York, cuando mi esposa y yo quedamos sorprendidos gratamente al poder comprar sin reserva una entrada directamente en la taquilla del Avery Fisher Hall 20 minutos antes del comienzo del concierto. La entrada, que costó menos de 5.000 pesetas y con opción a conferencia previa al con-

cierto, nos hizo disfrutar de una magnífica versión que la soprano Maria Ewing, la Filarmónica de Nueva York y el propio Kurt Masur hicieron de *El martirio de san Sebastián*, de Claude Debussy.

La sorpresa fue mayor cuando a lo largo de toda la representación la música se vio acompañada de toses y extraños ruidos, el largo y sonoro rastro que los tacones de personas que entraban y salían de la sala. Esto no es un problema de

garganta, ni de oído, ni tan siquiera de educación: es un problema de actitud de escucha. Los conciertos son cada vez más espectáculos y menos de escucha y de contacto del hombre con la música. Porque cualquier músico, dejando a un lado prestigio y mito, lo que hace en un concierto es entablar con el público lazos de comunicación. Lazos que están más cercanos a los sentidos y al espíritu que al oído y al cuerpo.

Por llegar a una conclusión, ¿de qué sirve encarecer el precio de las entradas de grandes conciertos si acceden a ellas los que menos quieren escuchar? Es hora de dejar de comerciar con la música y de aprender a valorar la actitud de escucha.

Si no estamos en condiciones de escuchar, mejor dejarla disponible al que lo esté y quedarnos en casa. — Antonio Hernández Moreno. Murcia.